

LOS HIBERNANTES

Carlos Domingo

2002

(Una idea de Marta)

Se dice que nuestra sociedad no anda bien y que yo tengo toda la culpa de esa situación. En todo caso no soy el único. Muchos contribuyeron. Las transnacionales que han promovido el desempleo, los científicos con sus peligrosos descubrimientos en biología, mis imitadores y competidores con su deshonestidad y afán de lucro, el gobierno con su permisividad y falta de control sobre las empresas privadas, mis clientes con sus maniobras y falta de paciencia ante la miseria, y el público en general, conforme con la paz y bienestar que ha creado mi idea y los negocios que ella ha originado. Porque no es tampoco del todo cierto que la sociedad ande mal. En realidad nunca ha habido tanta tranquilidad y sosiego.

Las raíces del problema están en la pobreza que entristeció mi niñez y en un largo período de desempleo que ensombreció mi adolescencia. De ahí mi solidaridad y compasión por los desempleados. Esto me llevó a instalar, con un modesto capital, una agencia de empleos. Los clientes pagaban una pequeña suma para inscribirse y el resto cuando les conseguíamos trabajo. El negocio no iba muy bien. Las grandes empresas se enriquecían despidiendo gente que sustituían por equipos electrónicos y robots. Yo tenía muchos clientes pero a pocos les conseguía trabajo. Me partía el alma verlos venir cada día a mi oficina y sólo tener que recomendarles paciencia y darles ánimo.

Una tarde en que hablaba en mi oficina sobre la situación con un amigo, brillante biólogo desempleado, le comenté que en mi niñez, en tiempos de escasez, mi madre nos mantenía dormidos más de quince horas diarias con lo cual ahorraba en comida. Mi amigo, como buen biólogo, siempre con su idea de que la naturaleza hace las cosas mejor que los humanos, dijo que eso ocurría en el mundo animal en forma más perfecta. Muchos animales son hibernantes. Duermen casi continuamente durante el invierno, época de escasez de comida, consumiendo poquísima energía, y se despiertan en la primavera. Entonces surgió la idea. Le pregunté si era posible inducir eso en los humanos. Me dijo que era posible pero que habría que investigar. Le ofrecí una pequeña suma para la investigación con la promesa de un futuro negocio. Aceptó encantado. A los tres meses, después de haber analizado sangre de osos y murciélagos hibernantes llegó con los resultados. Una inyección que inducía la hibernación por meses, tal vez años, y otra inyección que podía despertar al animal en cualquier momento. Confiaba en que ambas funcionarían para seres humanos.

Probamos el método con un cliente, un mecánico desempleado y tan desesperado que aceptó el experimento. Lo dormimos y lo depositamos en una cómoda habitación con temperatura regulada. A los dos meses apareció una posibilidad de empleo. Lo despertamos y un mes después vino muy satisfecho con el pago del tratamiento, pago que rechazamos generosamente. En realidad el único gasto fue el sistema de regulación de

temperatura, las inyección de hibernación (que era muy barata) y dos inyecciones de mantenimiento de nutrientes y vitaminas.

Aunque no hicimos propaganda el éxito fue extraordinario. Conseguimos, tras mucha discusión, el permiso del Ministerio de Sanidad. Los de Economía y Trabajo, abrumados por el problema de la desocupación aceptaron inmediatamente. El de Justicia reglamentó los contratos con el cliente y estableció inspecciones a los depósitos de hibernantes.

En vez de la habitación original tenemos ahora, a cuatro años del experimento, un edificio de veinte pisos que aloja diecisiete mil hibernantes. Se están construyendo dos más. Archivos electrónicos nos indican las fechas de hibernación, deshibernación o rehibernación y las de inyecciones de mantenimiento. A veces el cliente pide hibernación de todos los familiares que dependen de su trabajo. El impacto social ha sido positivo. Las empresas no sienten ninguna culpa al botar empleados pues se les da un “bono de hibernación”. Pero han tenido que subir los salarios pues los desocupados tienen una alternativa para el desempleo. Es preferible dormir, esperando una buena oportunidad, que trabajar por un sueldo miserable.

Nosotros hemos sido honestos en nuestro trabajo. Sólo hibernamos desempleados como lo establece la ley. Pero no fue esa la actitud de nuestros competidores que surgieron como hongos. Hibernan a todo el que lo solicita sobornando inspectores y falsificando certificados de despido. Algunas personas depositan un capital a interés y se hacen despertar cuando se llega a un monto prefijado. Esta “hibernación financiera” es común entre jubilados y pensionados con ingresos bajos que no pueden ahorrar y desean una cierta cantidad para hacer un viaje, comprar un equipo o dejar alguna herencia a sus hijos. Otros hibernan hasta la mudanza de un vecino molesto, o hasta el final de un gobierno que les desagrada (hibernación política). Otros para librarse temporalmente de cobradores, combinando esto con hibernación bancaria para pagar al despertar. Otros lo hacen por situaciones familiares molestas, para salir del “stress” o por la esperanza, no comprobada hasta ahora, de que la hibernación alarga la vida.

Según estadísticas oficiales un veinte por ciento de la población está en hibernación. Pero el país está tranquilo. Después de todo eliminamos temporalmente de la vida diaria a gente disconforme con su actual situación y le permitimos nuevas oportunidades para mejorarla en el futuro. Y la hibernación está al alcance de todos. Los bancos, enriquecidos en depósitos por la “hibernación financiera”, conceden “creditos de hibernación” a pagar poco despues del despertar.

Los críticos, siempre los hay, manejan estadísticas no oficiales de sesenta por ciento de hibernantes con una tasa de crecimiento alarmante. Temen que una recesión económica ponga en hibernación a todo el mundo, inclusive los funcionarios responsables de resolver la recesión y aún a los cuidadores de hibernantes, a veces mal pagados y abrumados por el trabajo. Se habla de depósitos clandestinos de hibernantes no controlados por ley alguna. No es nuestro caso. Pero, hay que reconocerlo, hemos tenido problemas. Hay hibernantes crónicos cuya profesión ha desaparecido durante la hibernación y no se puede cumplir el compromiso de despertarlos al conseguir empleo. Hay gente con pleitos que se pone a hibernar hasta que su contrincante ceda, y, si este

también se pone a hibernar con la misma condición, la situación se pone difícil. Como se ha difundido la idea de que la masa de hibernantes es una bomba de tiempo (si despertaran podrían desestabilizar la sociedad) ha aparecido el “terrorismo hibernático”. En nuestro establecimiento los terroristas lograron mezclar la droga para despertar con el material de inyección de mantenimiento y despertaron antes de tiempo a unos miles de hibernantes. Por esta vez se pudo controlar la situación. Otras empresas, o gente que se ha apoderado ilegalmente de las drogas, han realizado hibernaciones forzadas, sobre todo padres a hijos intratables o a ancianos que son una carga molesta para la familia. Se teme que un gobierno autoritario se eternice hibernando a los opositores. Hay juristas que la consideran como una alternativa de la prisión, más segura, económica y humana. Los carceleros despedidos se pondrían a hibernar. Otros dicen que esto llevaría a muchos a cometer delitos para hibernar gratis. El debate es interminable.

Estos peligros, más imaginarios que reales, son aprovechados por los disconformes y resentidos de siempre para ganar popularidad agitando a la gente. Se pide la prohibición de la hibernación, pero ningún gobierno responsable se arriesgará al colapso social que provocaría despertar a millones de personas sin empleo, con deudas de créditos de hibernación o disconformes con su situación. Los críticos, sin alternativa práctica para resolver los problemas económicos anteriores a la hibernación y los creados por la solución hibernática, se han vuelto contra mí, sólo por ser el inventor del sistema. No tengo la culpa si la gente se hiberna ante la menor dificultad y hay empresas que los satisfacen. Me llegan amenazas y demandas, se manifiesta ante mis empresas, que son las más honestas, se pide mi detención y juicio como responsable de sumir a mitad de la población en una semi-muerte. No lo soporto más. Hoy mismo pediré a mi fiel amigo y socio, el biólogo, que me ponga en hibernación hasta que se olviden de mí y pase esta amenaza.

Carlos Domingo, 2002.